

LA RAZON, DOSCIENTOS AÑOS DESPUÉS

NELSON ESCOBAR BELMAR

Hace aproximadamente 200 años y algo más (1781), Kant publicaba en Alemania su “Crítica de la Razón Pura”, en la cual admite que si bien todo conocimiento parte por o con la experiencia; pero no todo proviene de ella. Surge de esta forma la idea de un conocimiento “a priori”, es decir, una intelección cuya génesis está en la razón misma.

Lo anterior, es de una trascendencia brutal, toda vez, que de acuerdo a este precepto, el hombre puede pensar por sí mismo tornándose independiente para la comprensión de la realidad, configurándose de paso la autonomía moral para decidir lo que podemos y no podemos acometer como conducta. Así, Kant primero y posteriormente Nietzsche, redescubren la posibilidad de desplegar el intelecto hasta sus capacidades máximas, pensando desde la unidad del hombre, o mejor dicho, desde el hombre mismo, tal como alguna vez lo hicieran los griegos presocráticos que hace 2500 años, entregaron las respuestas fundamentales en torno a las cosas que nos rodean, a través esencialmente del pensar. De hecho, el concepto razón, en su acepción griega original se expresa con el concepto “logos”.

En Heráclito, el logos, aparece por primera vez entendido como razón común a todas las cosas; razón o principio cósmico que expresa tanto la ley universal que rige el mundo y hace posible el orden y la justicia, como lo expresa también el propio pensamiento humano. De esta manera se establece una unión entre el ser

y el logos, como reunión del ente y el ser. Así, sólo el sabio puede darse cuenta de que, gracias al logos, todas las cosas son una unidad. De esta manera, el logos aparece como el ser mismo que se manifiesta a través del lenguaje, como la misma *physis* que sale a la luz. Platón, basándose en la concepción de los sofistas y de Sócrates que concebían el logos como argumento, basa su filosofía en el diálogo, que lo entiende como remisión de todo lo dicho al tribunal de la razón.

Así, el concepto “diálogo”, cuyo prefijo “día”, quiere decir: *a través de*, nos lleva a la idea de que la esencia de las cosas se manifiesta en el entendimiento razonado, o sea, a la verdad a través del logos. Algo de esto, tal vez, inspiró a los fundadores de la Universidad de Concepción, cuando propusieron la consigna que señala: “a la verdad por el libre examen de la razón”. Pero los tiempos contaminaron las cosas, ya que lo que originalmente estaba llamado a ser el principio de entendimiento propio del hombre se externaliza en una entelequia metafísica que el Cristianismo adopta como modelo rector, identificando el logos con el “verbo divino”, el cual, “al hacerse carne” -según el evangelio de San Juan-, se identifica con un principio creador del mundo, un principio de sabiduría (la de los profetas y filósofos), y un principio de salvación (el Logos encarnado). De esta manera, de principio abstracto inmanente al mundo, tal como era entendido en la filosofía griega, el Logos pasa a ser considerado como realidad trascendente creadora. En la época contemporánea, Heidegger ha insistido en el significado griego originario de logos como aquello que permite desvelar el ser.

Pero en la práctica, ¿qué es la razón?. En la perspectiva de los tiempos, la razón, no es más que el aparato estructural inserto en el misterio de la mente. Herramienta con la cual podemos articular la realidad, es decir, nuestra imagen del mundo. Esto, habida consideración de que el conocimiento de las cosas -Kant mediante-, se lleva en las “ideas trascendentes”, es decir en la capacidad del individuo de conocer a partir de la materia inherente al objeto, en otras palabras, en la capacidad de establecer un “a priori” a través del aparato de la razón, constituyéndose en una estructura integradora que nos permite establecer un puerto de conexión con el entorno que nos soporta, generando con ello la posibilidad de obrar autónomamente.

Dicho de otra manera, tenemos la capacidad para “conocer”, o por lo menos, en dimensión teórica, para dar respuesta a interrogantes existenciales mediante el ejercicio del pensar, actuando con todo el potencial de nuestras capacidades, tal como lo hace el filósofo al articular pensamientos de frontera. Poseemos el “programa” conectado a nuestra red neuronal, el que eso sí, pareciera que, obligadamente opera con relaciones de filiación a modelos de entendimiento objetivos que permitan la reflexión en su expresión más pura.

Lo que señalo no es nuevo. La posibilidad de trascender a través de las ideas generadas en el mecanismo de la razón, es lo que han vislumbrado grandes pensadores como Federico Nietzsche, el cual intuye -y esta apreciación es enteramente mía- que la razón es la vía para alcanzar una de nuestras aspiraciones más caras, es decir, la libertad, pero no en un sentido de proyecto

colectivo e ideológico, sino en su posibilidad más radical, es decir, como un proceso liberador del espíritu, con la reflexión filosófica como medio, a objeto de construir nuestro acople al Cosmos, y así conectarnos al universo, de cual somos parte a nivel de una estructura solidaria con el todo, como Zaratustra, que progresivamente, en “*vuelo alciónico*”, supera el valle para descubrir la realidad desde la dimensión totalizante del ser.

Ese hombre, valga la aclaración, aún no existe. Tal vez aparezca cuando el desarrollo de la razón se despliegue en toda su plenitud. Hasta ahora, sólo tenemos la constatación de que somos capaces de conocer, pero a nivel de ejercicio teórico e inevitablemente metafísico., ya que aún el hombre no se conecta con la realidad sensible en su dimensión física, la que solo intuimos a partir de una pequeña “ventana”. Alguien llamó a esto último: “clausura operacional”, en tanto nuestras limitaciones estructurales no perciben lo que otros perciben, teniendo además al lenguaje como un mecanismo reductor, que restringe el infinito a palabras de alcance limitado, impidiéndonos el decir pleno.

Cabe hacer notar, que si bien la razón es una suerte de “órgano estructurante”, ello no significa que por sí mismo articule la verdad; solamente la mediatiza, y ello, porque al decir del filósofo alemán Martin Heidegger, el hombre habita en la verdad y en la realidad.

El problema del hombre, es vivir en la verdad, pero no saber que se está en ella, confiando, como la mayoría, que ésta viene de la exterioridad, soportada en una

concepción metafísica particular. En función de ello, en la humanidad se han dominado las conciencias anulando la razón, y de paso, tapiando el portal de conexión con la verdad, cercenando también su esencia.

En definitiva, es la razón, el logos, el verbo, la que “*in illo tempore*”, nos permitirá aproximarnos a la esencia del uno todo, al núcleo inocente del estallido virginal, allí, a la fuente de la verdad que todavía el hombre inquieto persigue 200 años después.